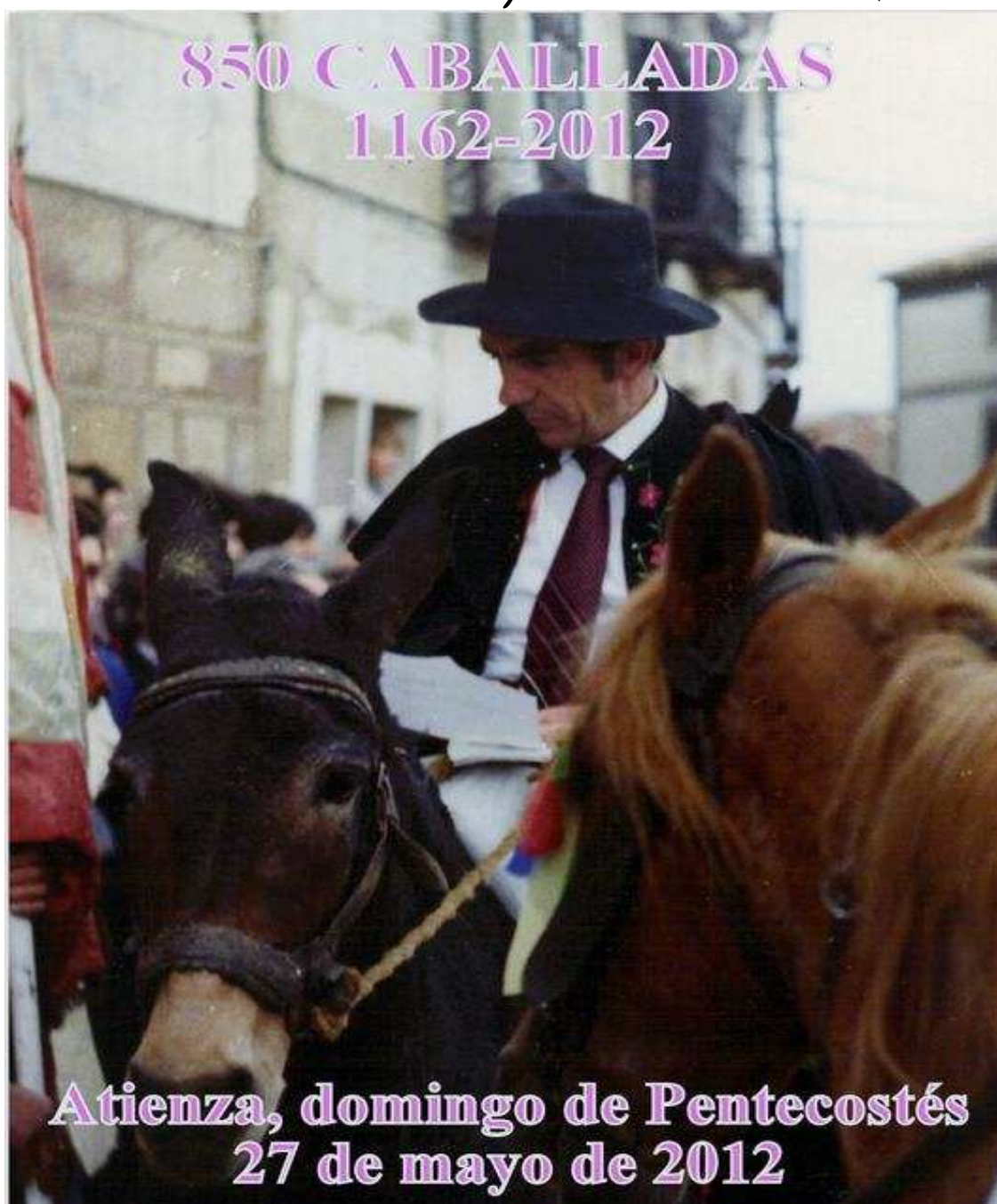


ATIENZA DE LOS JUGLARES

REVISTA DE ACTUALIDAD, HISTORICO-LITERARIA, DIGITAL
AÑO 4. NÚMERO 37. ABRIL 2012

Atienza (Guadalajara)

Dirección y coordinación: Tomás Gismera Velasco



email: atienzadelosjuglares@gmail.com
<http://www.atienzadelosjuglares.blogspot.com>
<http://www.facebook.com/#!/atienzadelosjuglares>

Portada: Pasando lista. (F. T. Gismera)
Contraportada: Con la ermita al fondo. (F. T. Gismera)

SUMARIO:

- **5.- Atienza siglo XX, crónicas de la historia reciente (7).**
- **9.- La Caballada y sus 850 cabalgadas.**
- **12.- Un poco de todo.**
- **13.- En busca del Cid, por los caminos de Atienza.**
- **16.- La rota de Villalar.**
- **18.- Atienza poética.**
- **20.- Sucedió en abril.**
- **22.- Atienza, de ayer a hoy.**
- **26.- Santísimos Cristos de Atienza (y 5).**
- **28.- Semana Santa en Atienza.**
- **30.- El país de la plata.**
- **33.- Industrias, comercios y profesionales en la Atienza de comienzos del siglo XX.**
- **35.- Inventario del convento de San Francisco de Atienza, con motivo de su desamortización.**

**EL PRÓXIMO NÚMERO DE ATIENZA DE LOS JUGLARES,
CORRESPONDIENTE AL MES DE MAYO, SE DEDICARÁ
INTEGRAMENTE A LAS 850 CABALLADAS.**



La Hermandad entra en la plaza del Mercado.
(F. T. Gismera)

ATIENZA SIGLO XX, CRÓNICAS DE LA HISTORIA RECIENTE (7)

Tomás Gismera Velasco

Isabel Muñoz Caravaca fue una de aquellas privilegiadas plumas de comienzos del siglo XX que a través de la punta afilada de su pluma se convirtió de alguna manera en el notario oficial del devenir del pueblo. Su llegada a la villa como maestra de niñas casi diez años atrás la dotaba de cierta aureola de saber estar y decir. Y con el paso de los años se convertiría en la voz crítica.

Ya la vimos en varias de sus facetas. Integrada en el mundo de Atienza y alzando la voz ante cualquier situación que creía iba contra las villa y sus gentes. Y si concluyó el año 1902 criticando la obra de Galdós, el de 1903, que comenzó con frío y nieves, lo hacía ella criticando el mal servicio de coche de correos:

“Hay un pueblo de más de dos mil habitantes, cabeza de partido, etc., cuyas relaciones con el resto del mundo depende del frío que sientan unos individuos poco amigos de pasar trabajos y que tienen por oficio andar y desandar el camino con el coche y la valija; en llegando el invierno y cayendo cuatro copos de nieve, se queda el pueblo incomunicado; y pague quien pague la incomunicación. Este pueblo se llama Atienza...”

El coche, de caballos, que enlazaba Atienza con Sigüenza, se quejaba doña Isabel, en cuanto caían cuatro copos de nieve pasaba, cuando pasaba, sin ser visto. Sin respetar horarios ni días, por lo que las cartas llegaban, cuando llegaban, *retrasadísimas*.

Y por supuesto que la diligencia gozaba de todas las incomodidades posibles para los viajeros: *Por tres pesetas y media por asiento... Se encajonan seis viajeros donde solo caben cuatro... Tiene el coche ventanas que no cierran y una puerta que no ajusta y todo su confort se reduce a una capa de paja echada en el interior para abrigar los pies, que no se renueva en todo el invierno...* De la Dirección de Correos se esperaba el remedio.





Había dejado doña Isabel la escuela de niñas en manos de doña Teresa Ortego, y es por eso que se confesaba fuera de lugar a la hora de la crítica en el desarrollo de la docencia, a pesar de que continuaría dando clase en la escuela de adultos, y trataría de incluir en que la educación fuese todo lo avanzada que ella imaginaba. Por eso volvió a criticar, una vez más, los carnavales atencinos cuando llegado febrero el pueblo volvió a vestirse la capa de vaca vieja para cencerrear por las calles, y los chicos de la escuela, como todos los años, se aprestaban para jugar al gallo el día de jueves lardero, el de *la fiesta salvaje*.

También hubo cambios en la administración en el año 1903. D. Joaquín Jiménez Cambronero fue nombrado Registrador de la Propiedad del Partido de Atienza, y apenas llegado ya se llevó el primer sobresalto, como se lo llevaron todos los vecinos del pueblo.

Ocurrió en la noche del sábado 7 de marzo, cuando las campanas de la iglesia de San Juan saltaron a voleo para anunciar al pueblo, como entonces se hacía, la llegada imprevista del fuego.

Cuentan que, tras el sonido de las campanas, y a la búsqueda del suceso, al llegar a la plaza de San Juan el espectáculo que se ofrecía resultaba aterrador, ya que la totalidad de la plaza se encontraba iluminada por las lenguas de fuego que escapaban a través de las ventanas de las casas que, en los soportales que mediaban entre la calle del Aguila y la cárcel, albergaban un buen número de los comercios de Atienza.

El fuego, sin que se conociesen las causas, se había cebado en la tienda de Fernando Aparicio, una tienda de comestibles en la que cabía de todo, y en la que todo fue pasto de las llamas. De la tienda pasó a la casa, y de la casa de Aparicio a las vecinas. Cadenas de hombres y mujeres, con cubos, trataron de sofocarlo, pasando los valdes desde la fuente de la plaza Mayor hasta el foco del incendio, puesto que no había otra forma de luchar contra él. A eso de las tres y media de la madrugada cuentan que ya estaba controlado, pero no dominado. Cesaría al día siguiente, tras llevarse por delante las casas de Aparicio y la del comerciante Basilio Baras, con todos sus géneros.

Para dominarlo, cuentan, Atienza se echó a la calle, si bien cuentan también que quienes más arriesgaron fueron los obreros y contratistas que se afanaban en la construcción de la nueva escuela de niñas, los Bodegos de Trillo y Simón el de Moratilla, aunque tampoco faltaron las manos de gentes de Atienza, la de los serenos, concejales, guardia civil y vecinos.

El saldo arrojó unos cuantos heridos: Florencio de la Fuente, que se golpeó en la cabeza con un madero; el guardia Zacarías Martín Benito que se quemó una mano; Feliciano Esteban la cara; a su hijo Saturnino le saltó una chispa a uno de los ojos; el alguacil Gregorio Pérez resultó con quemaduras de segundo grado y al propietario de la casa en la que se originó el asunto, Fernando Aparicio, le dio un infarto.

Todavía con las pavesas sin apagarse del todo, llegó desde Madrid, vía Sigüenza, don Bruno Pascual Ruilópez con dos objetivos: pasar unos días en Atienza y comenzar su nueva campaña electoral. Su estancia en la villa coincidió con la muerte de quien había sido uno de sus maestros en el campo de la abogacía, don Claudio Encabo, que había ejercido la abogacía en Atienza y había representado al partido en la Diputación provincial.

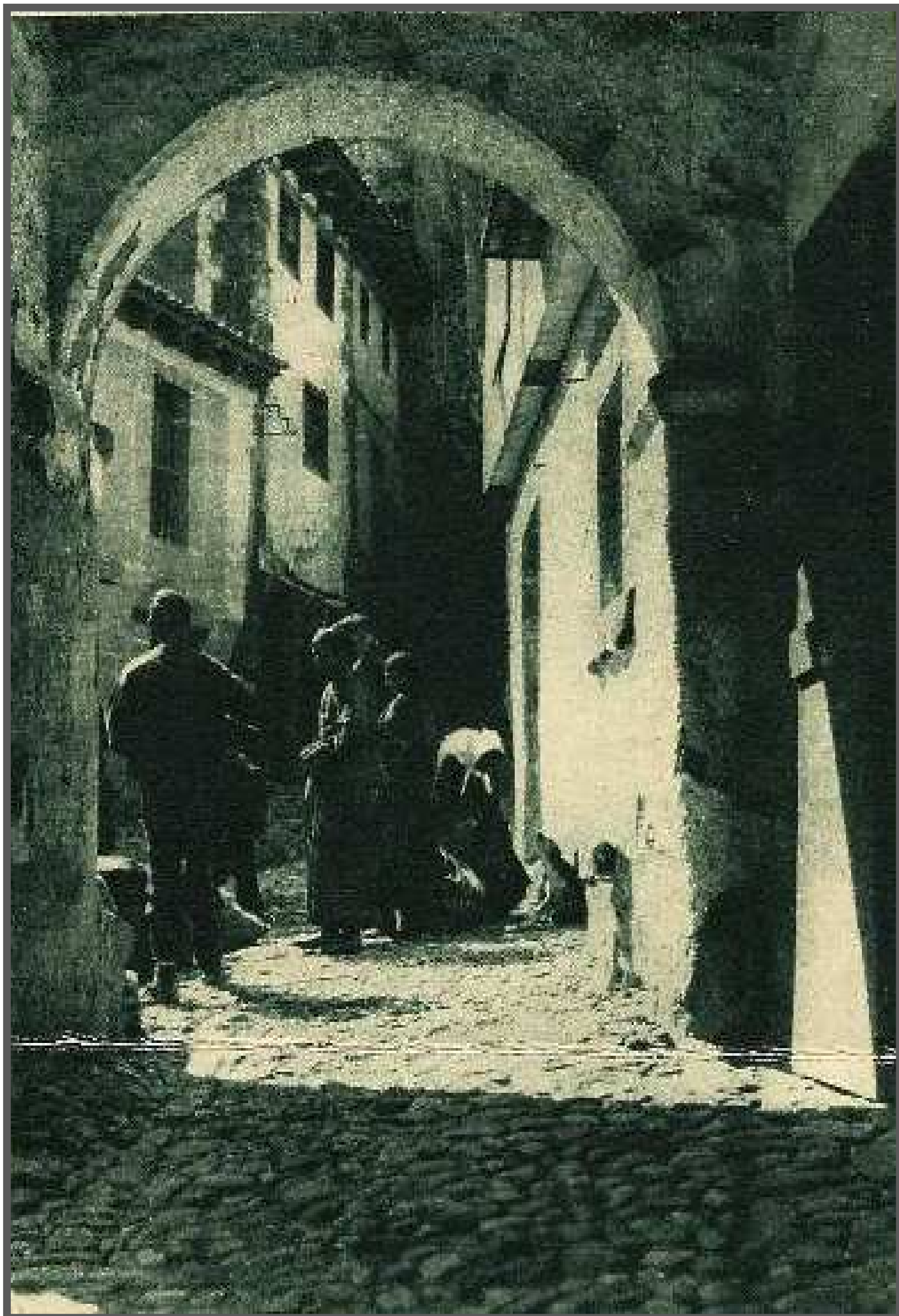
También la llegada de Ramón Menéndez Pidal en busca de las huellas del Cid alteró la vida atencina durante un par de días, su paso fue demasiado fugaz por Atienza, aunque sentaría unos cimientos históricos que todavía, al día de hoy, se mantienen en pie. Y es que Atienza estaba despertando al mundo de la historia. Al recuperar tradiciones y al recobrar el legado que los tiempos parecían quererle negar.

El acontecimiento social del año lo puso la boda de María Baras, hija del alcalde de la villa, don Ruperto, con un joven comerciante de Almazán, Juan Climaco Urbano, y a la que asistió el todo Atienza, y parte del distrito. Se quedaron a vivir en Atienza, aunque con el tiempo marcharon a vivir a Almazán.

Con más penas que glorias, porque las cosechas no fueron demasiado buenas, pasó el verano. Atienza se vistió de otoño con la agradable noticia de que una nueva red de caminos provinciales volvería a unirla al mundo, pues a las dos carreteras ya abiertas, entre Atienza y Sigüenza, y Atienza a Hiendelaencina, se le uniría la prolongación entre Atienza y Sepúlveda, y se trataría de mejorar los existentes entre la villa y los pueblos limítrofes, entonces caminos de herradura, aunque, una vez más, volvía a hablarse tren, de aquel tren que comenzó su andadura por el 1860 y todavía, casi cincuenta años después, se continuaba esperando su paso.

Entonces, al comienzo, se trataba de un tren que enlazase las comarcas mineras; después otro que hiciese lo mismo, pero con las comarcas de la sal; ahora se trataba de enlazar estas tierras con las de Soria. También comenzaban otros trabajos, de modernidad. Cuando la luz eléctrica ya iluminaba alguna de las principales poblaciones de la provincia, en Atienza se continuaba esperando su llegada, y las farolas se iluminaban con la flama del petróleo. Pero no del petróleo de Sigüenza, que aunque se continuaba buscando alguna bolsa que sacase del apuro a la provincia, las prospecciones continuaban sin dar los apetecibles resultados.





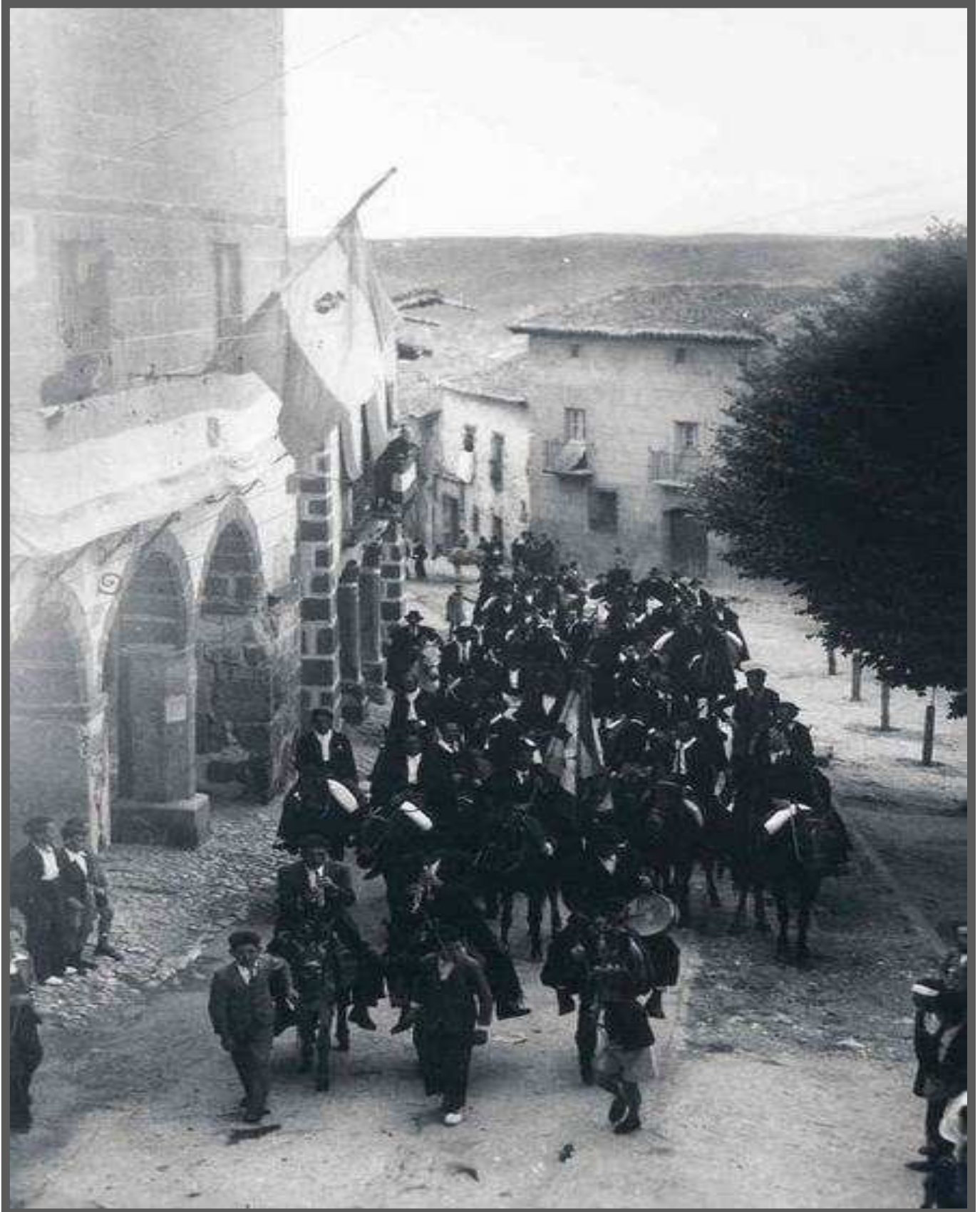
LA CABALLADA Y SUS 850 CABALGADAS



LA CABALLADA Y SUS 850 CABALGADAS



LA CABALLADA Y SUS 850 CABALGADAS



FRAGA EN ATIENZA,

A las seis y cuarto de la tarde del domingo 25 de marzo de 1965, la comitiva ministerial que acompañaba al entonces ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, hizo entrada en la villa de Atienza. En la plaza Mayor fue cumplimentado por las autoridades locales, a cuyo frente figuraba el Alcalde y Diputado provincial, Sr. Ortega Asenjo, “mientras el vecindario le dispensaba una grata acogida”. La comitiva, después de recorrer algunas calles, y en Land Rover, subió hasta el castillo. Visitó también la iglesia de la Trinidad y se interesó por las obras de reconstrucción de algunos monumentos, dos horas después continuaba viaje a Sigüenza.

BRUNO PASCUAL RUILÓPEZ,

El 7 de julio de 1918 fue la última vez que don Bruno Pascual Ruilópez se presentó a las elecciones como Senador por la provincia de Guadalajara y su partido de Atienza. Falleció en Madrid, tres años después, en el mes de marzo.

EN HIENDELAENCINA,

Cuando trataba de llegar a su localidad natal, Campisábalos, fue detenido el 7 de julio de 1860, Juan Sierra, que había sido jornalero en las obras del ferrocarril de Madrid a Zaragoza. En Cerezo de Mohernando, la noche del día 4, había tenido una fuerte discusión con el capataz de la obra, Ramón González Álvarez, y lo había apuñalado causándole la muerte.

MANUEL LÓPEZ LASO,

Sobreguarda de montes de la provincia, recorrió algunos pueblos de la zona de Atienza y Jadraque haciendo su propia campaña electoral en las elecciones que tuvieron lugar en el mes de mayo de 1873. Su mano tuvo especial incidencia en Carabias y Pinilla de Jadraque, donde amenazó a los vecinos con derecho a voto, y que depositaron la papeleta que él deseaba. A tanto llegaron sus amenazas y coacciones que, tras las denuncias de muchos vecinos, fue suspendido de empleo y puesto preso por el Gobernador civil.

NUEVAS FERIAS,

Para aprovechar el tirón minero de Hiendelaencina y su comarca, el Ayuntamiento de Hiendelaencina solicitó del Gobierno, y obtuvo las autorizaciones necesarias, la realización de dos ferias anuales a partir de 1861. Una tendría lugar en la primavera, los días 22, 23 y 24 de mayo; la segunda a las puertas del otoño, del 16 al 19 de septiembre.

EL PIZARRAL,

En Atienza, fue una importante mina de extracción de lajas de pizarra a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX. Estuvo explotado por una compañía de Madrid, dio trabajo fijo a más de veinte jornaleros, y el producto recorrió media España. Con la pizarra de Atienza se hacían baldosas para el suelo, y alcanzaron una merecida fama, por su calidad y resistencia.

EN BUSCA DEL CID, POR LOS CAMINOS DE ATIENZA



En la primavera de 1903, el erudito don Ramón Menéndez Pidal se lanzó a los caminos de la Serranía de Atienza, en busca de las huellas del paso del Cid Campeador por nuestras tierras, lo hacía en compañía de su hermano, entonces Gobernador civil de la provincia de Guadalajara.

La excursión, proyectada a lo largo del mes de abril, tendría lugar durante el de mayo, con salida de Guadalajara, parada obligada en Atienza, y continuación por las tierras de Miedes:

“El sábado 23 del corriente (mayo de 1903), se tuvo en la villa de Miedes el grandísimo placer de saludar al Ilmo. Sr. Gobernador civil de la provincia D. Juan Menéndez Pidal, el que venía acompañando a su ilustrado hermano D. Ramón, en su excursión científica para adquirir datos históricos de la vida del Cid Campeador.

En el momento que el Ayuntamiento tuvo noticias de la llegada a este término de tan ilustres viajeros, salió en pleno acompañado del Sr. Juez Municipal, D. Julio Izquierdo, don Jorge de la Guardia, médico de la localidad, D. Higinio Ortega y otros muchos con dirección a lo que llaman las Peñas del Cid, que se halla en la línea divisoria con el término de Alpedroches, que era el objeto principal de esta visita.

A la salida del pueblo esperaban los niños de la escuela y todo el vecindario, que no dejó de vitorear a los recién llegados hasta su parada en la casa del Sr. La Guardia.

Después de breves momentos de descanso, el Sr. Gobernador salió a saludar a cuantas personas estaban presentes, conversando amigablemente con todos, e interesándose por su bienestar y prosperidad. Inmediatamente se trasladó a la sala de sesiones del Ayuntamiento donde se encontraron varios datos referenciados a la mencionada piedra del Cid, saliendo después en compañía del Ayuntamiento, el secretario D. Basilio Romanillos, el maestro don Francisco Barrio y D. Víctor Rodrigo, a recorrer los alrededores de la villa, enterándose minuciosamente de su situación topográfica, extensa vega y sobre todo del sitio llamado La Calzada, por ser más interesante en su visita.

Su hermano D. Ramón, en compañía del Sr. La Guardia, Izquierdo, Cerrada (D. Lorenzo), Giménez, etc., etc., salió en dirección al Torreplaco, límite de la provincia con la de Soria, cúspide de la Sierra de Pela, y desde cuya altura se divisa perfectamente la cuenca del Duero, El Pelayo, coronadas sus cumbres con la blancura de las nieves perpetuas, sacando fotografías y croquis de cuantos sitios les fue posible.

Es digno de mención que acompañaran a tan célebres excursionistas la señora y hermana de D. Ramón, a las que hicieron los honores correspondientes doña Fabiana Izquierdo de La Guardia, Doña Emilia Olivier de Izquierdo, y las señoritas Delfina, Adriana, Jovita, Isabel y la rica del rico propietario

de Atienza, D. Juan Asenjo, el que en unión de D. Luciano Más, acompañaban también a los mencionados excursionistas, los que visitaron la iglesia, teatro y cuanto tuvo tiempo en tan cortos momentos.

Terminada la excursión, ya de noche, y como el Sr. Gobernador manifestara su deseo de regresar a la villa de Atienza, por serle de urgente necesidad visitar el domingo los pueblos de Robledo de Corpes y Hiendelaencina, y en el mismo día regresar a Guadalajara, no pudiendo disuadir de sus propósitos cuantos ruegos y súplicas se le hicieron para que pernoctara en esta, inmediatamente se improvisó una suculenta comida en el magnífico comedor del Sr. La Guardia, en la que obsequiaron espléndidamente a los ilustres viajeros con todo su acompañamiento, durante la cual amenizó la fiesta una orquesta de guitarras y bandurrias dirigida por el reputado organista de esta parroquia D. Francisco de Diego.



Terminada la comida se repitieron los ruegos en el sentido indicado, más como el Sr. Gobernador manifestara lo haría con mucho gusto, pero se lo impedían los múltiples asuntos que sobre el Gobierno pesan, se dio la mano a los célebres personajes en compañía del vecindario, a las diez y media de la noche, en la ermita de la Soledad, entre música, vivas y gritos de entusiasmo”.

También Isabel Muñoz Caravaca relató aquella visita a su manera, que pondría las bases para el conocimiento futuro del paso del Campeador por tierras de Atienza, en uno de sus más celebrados artículos: “Como nace una leyenda”:

“Con mucha afición aunque con muy escasas aptitudes, he dejado correr mi pluma varias veces sobre cosas históricas; en estas columnas, en otras, y en numerosos papelotes que guardo en las tinieblas de un cajón; no creyéndome con derecho a buscar lectores para acabar con su paciencia...

Hace dos días se alborotó la villa. Iba a venir un sabio a hacer estudios... ¿Qué estudios son posibles en este pueblo? La más franca ingenuidad acompañaba esta interrogación.

El sabio vino, era D. Ramón Menéndez Pidal; presumo lo que buscada, datos auténticos en lo posible para alguno de sus trabajos, adquiriéndolos como estos datos se deben adquirir, sobre el lugar de los sucesos; y cuya investigación se fundará en otros recogidos muy lejos de aquí. Todo es bien sencillo. Pero la imaginación popular se había disparado: hasta mi rincón llegó con calenturientos arrebatos. Aquel señor venía a buscar en el camino de Miedes las huellas de un rey que por allí pasó... hace, hace... ¿quien sabe el tiempo que hace!

Para los que de buenas a primeras penetran en el templo de la historia, todos los personajes históricos son reyes; no los conciben de inferior categoría... Fernando, Alfonso, Enrique... ¿cómo se llamaría el que se paseó por el camino de Miedes?

La cristalización se hizo por fin, gracias a explicaciones del mismo señor Menéndez Pidal. No era un rey de quien se trataba, era el Cid. En el camino de Miedes existe una piedra donde el Cid descansó. Supongo que sería en aquél éxodo del héroe y de los pocos amigos y deudos que quisieron seguir su fortuna, cuando fue desterrado de Castilla por el irritado rey Alfonso VI.

Seguramente es interesante el recuerdo histórico, si existe, y el Cid muy digno de estudio, pero no hablamos de él, sino de la leyenda a que hoy ha dado origen.

Debió pasar por estos campos: esos pocos lectores de compendios de historia, habitantes de Atienza, vehemente lo sospechábamos, y que se sentaría en una y en más de una piedra de Miedes, si cruzó por su término no hay que dudarle. A pesar de todo nadie tenía noticia de ello por tradición; pero desde ayer la creencia es unánime y a prueba de contradicciones; la leyenda ha nacido, y dentro de diez años, diez nada más, la tal piedra será célebre en el país...”



LA ROTA DE VILLALAR



**VILLALAR, 22-23
ABRIL DE 1521**

... Juan de Padilla, viendo que los soldados, ni aún en Villar se detenían, sino que la mayor

parte seguían inclinados a no dejar de huir, volviéndose a los pocos nobles y a algunos jinetes a quienes veía más dispuestos a pelear, les dijo: “Vosotros mismos veis como yo cual es nuestra desgracia; los proletarios, menestrales y labradores rehúsan el batirse, solo resta el que nosotros que somos un puñado muramos. Conviene que tengamos ahora presente el papel que hemos representado y la opinión que vulgarmente se tiene de nosotros; no tengan motivo alguno para quejarse de nuestra fidelidad los pueblos que pusieron en nuestras manos sus fortunas y vidas; sepan que no nos ha faltado valor para llevar, sino al fin debido, indudablemente el que ha sido grato a Dios, la empresa que no se por qué desgracia nuestra emprendimos; y si nos tuvieren que envidiar la victoria, cederá en gloria nuestra el habernos querido favorecer el cielo en tan grande empresa”. Dichas estas palabras, volviendo contra el enemigo, contuvieron el ímpetu de la caballería; pero sucediéndose enseguida las tropas de infantería, una lluvia de dardos los cubría por todas partes.

El conde de Benavente fue el primero que acometió al ejército de los plebeyos, y como la artillería le hubiese obligado a detenerse a mitad de la distancia, cargaron por todas partes. Juan de Padilla se dirigió lanza en ristra contra Pedro Bazán, y porque estaba armado ligeramente al primer golpe lo arrojó del caballo; por fin como por una parte los virreyes y por otra el conde de Haro cargasen con mayor ímpetu e hiciesen caer a muchos, Padilla fue hecho prisionero. Pedro Maldonado Pimentel, Francisco Maldonado y Juan Bravo, que eran los más visibles por su nobleza, también fueron presos; de los demás mataron a cuatrocientos, pues en la huida perecieron muchos. Pedro Velasco, Pedro Cuevas y otros nobles con algunos escuadrones de caballería los persiguieron en la huida por tan largo rato, que ya cansados los herían por las espaldas, y ni aun juzgaban dignos de compasión a los que la suplicaban. Los cañones de bronce, en los que principalmente confiaban los populares, casi absolutamente estuvieron sin uso en aquella batalla (excepto a la primera embestida que fueron disparadas algunas bombardas, y fue arrojado a lo lato un caballo del lado de Pedro Velasco), dando por motivo los artilleros la lluvia y la humedad de la pólvora. Pero vulgarmente se creyó que habían sido sobornados, ofreciéndolos el perdón de sus delitos y otras promesas.

Vierais todos aquellos campos de Villalar llenos de armas y cadáveres. Fue mayor el número de muertos que el de combatientes, en razón de que por la ligereza de los caballos muchos habían perecido en la fuga; sin embargo, después de vencidos los jefes se abstuvieron de matar. A ninguno de los soldados rasos se les hizo prisionero, sino que mandándoles arrojar las armas se les permitió a todos

marchar libremente. De los rincones, de los cuartos interiores, de las habitaciones oscuras de Villalar los sacaban, y sin embargo, mandándoles ignominiosamente mudar de opinión, y robados los más, cada uno según con quien caía, los dejaban ir.

Aquella noche los virreyes reunido consejo de los próceres, consultaron qué convenía hacer de Padilla y de los demás nobles prisioneros: si los conservarían vivos hasta la vuelta de Carlos, o si habían de ser ajusticiados al momento; y como hubiese distintos pareceres, venció por fin el dictamen de los que juzgaron que se les decapitase en el momento pues parecía se cortaba absolutamente la esperanza a los



populares si llegaba la noticia de la muerte de Padilla antes de los rumores de la victoria. Los alcaldes, pues, intimaron a Padilla y demás presos que a la mañana siguiente serían degollados; que se preparasen a morir, se confesasen y demás según costumbre de los cristianos. El conde de Benavente, a fuerza de ruegos, se empeñó en alcanzar de los virreyes que le fuese entregado Pedro Maldonado Pimentel para custodiarle, dilatando solo su muerte hasta que Carlos fuese consultado, ya que no suplicado. Se le concedió al de Benavente, obligándose antes con juramento a presentar al preso al momento que el emperador o los virreyes lo pidiesen. Al día siguiente Padilla, jefe y general de los pueblos rebeldes, Francisco Maldonado, salamanquino, y Juan Bravo, segoviano, fueron sacados al medio de la plaza de Villalar, y delante iba el pregonero publicando a grandes voces el género de muerte y la causa; y estando ya puestos en el lugar señalado, inclinadas las cabezas para recibir el golpe de la cuchilla, el pregonero otra vez, dictándole un alcalde de corte pronunció: que eran castigados por traidores. Bravo, no pudieron sufrir en aquel trance la nota de traidor, exclamó con una voz que llegó hasta el cielo: “miente el alcalde”, a quien dijo entonces Padilla: ¡Ah mi amadísimo Bravo, ayer fue el día en que debimos morir como convenía a hombres nobles y valientes; pero ya hoy como verdaderos cristianos, como piadosos”.

De este modo, dejando de un lado la gloria mundana, fueron degollados.

De: *Historia de la revolución conocida con el nombre de las Comunidades de Castilla*, escrita en latín por el presbítero D. Juan Maldonado y traducida al castellano por el presbítero don José de Quevedo, bibliotecario del Escorial. Madrid, 1840.



JOSÉ ANTONIO SUÁREZ DE PUGA

ATIENZA

1

Atalaya de Atienza, alta piedra desnuda,
cresta de roca alzada por manos abismales
al firmamento donde la parda torre muda
renueva eternamente sus insomnios astrales.

¿A dónde te diriges, oh pétrea quilla aguda,
yacija de nocturnos pastores y caudales
águilas victoriosas, oh azote de la cruda
parca noche operaria de los pobres mortales?

una fiera arañando la inmensidad roquera,
afirmando los aires, taladrando la altura,
como gubia infinita del celeste elemento.

Lejana roca fuerte que el mismo Cid temiera,
atril incommovible donde se extiende pura
la crónica de Atienza escrita por el viento.

2

La noche del destierro y Atienza en el paisaje.
Media luna en el cielo. Cantaba con voz leve
el juglar de Rodrigo su probado coraje
leyendo en un poema de verso fresco y breve.

Allí la lanza aguda, el sable y el ropaje
del moro vigilando lejanías de nieve.
Enlunada la torre alta del homenaje
se asomaba a la dulce canción que la conmueve.

Campos de alondras libres y de corzos agrestes
defendían ballestas de rica argentería.
escudos plateados en los grises alcores.

Y Mío Cid pensaba, ajeno de sus huestes:
cuán triste está la pobre perdiz sin compañía
escondida del palo fatal de los pastores.

alguien hizo la piedra, la flor y la armonía,
las gárgolas mojadas y los yesos en vuelo;
alguien forjó la lanza y dispuso el vigía
En la torre frontera de infinito desvelo.

Escribió alguien su historia, (leemos todavía
largos ríos de nombres, viejas fechas de anhelo
que acrecienta el ensueño, la viva fantasía,
la temeraria mole y el cultivado suelo.)
¿Más quien avivó el fuego que doró el relicario
donde el dolor de Dios a la caricia impura
guarda Atienza en su oscuro jardín de sufrimientos?

Solo el amor humano construyó tal sagrario,
¡Oh Atienza humedecida, oh amorosa hendidura
por donde Jesucristo descendió a sus cimientos!





Publicaba la prensa provincial la última semana de abril:

“Ha sido nombrado Alcalde de Atienza D. Julián Ortega Asenjo. Por el excelentísimo Sr. Gobernador civil de la provincia ha sido aceptada la renuncia presentada por don Vicente Castel Izquierdo, Alcalde presidente del Ayuntamiento de Atienza, nombrando para sustituirle a don Julián Ortega Asenjo, que en la actualidad desempeñaba el cargo de concejal de dicho Ayuntamiento, elegido por el grupo de Cabezas de Familia, y el de diputado por el partido de Atienza”.

Don Julián Ortega Asenjo había nacido en Atienza a comienzos del siglo XX, licenciándose posteriormente en medicina.

Durante su mandato como Alcalde, que se prolongó por espacio de poco más de treinta años, Atienza conoció el declive a que condujo la gran emigración de las décadas de 1950-1960, con la consiguiente reducción en el número de habitantes y pérdida de su importancia como partido judicial. Durante su mandato desapareció la notaría, el registro o el juzgado, entre otras muchas, si bien y gracias al empuje de personajes como Francisco Layna obtuvo el nombramiento de “Monumento Nacional”, así como algunas inversiones destinadas a la restauración y consolidación de monumentos, como el castillo, la plaza del Mercado o la calle de la Zapatería.

Se agudizaron otros grandes problemas, como la asistencia médica o el abastecimiento de aguas, acuñando frases populares como “Atienza no necesita nada”, o “si no hay agua para beber, beber cerveza”.

Su labor médica la desempeñó ocasionalmente, y a juzgar por quienes lo trataron, sin demasiados aciertos.

Falleció soltero, como se mantuvo a lo largo de su vida, a pesar de ser concejal por el grupo de Cabezas de Familia.

Ocupó los cargos de diputado por el partido de Atienza desde poco antes de su nombramiento como Alcalde, hasta pocos días antes de su fallecimiento, el 5 de enero de 1980, habiendo sido designado un año antes Presidente de la Diputación Provincial de Guadalajara, cargo que interinamente desempeñó durante tres meses.

La nota necrológica que acompañaba la noticia de su fallecimiento, decía:

“Ha fallecido don Julián Ortega Asenjo, médico y alcalde de Atienza durante muchos años; diputado provincial, también durante más de 30 años, y último Presidente de la Diputación en el anterior régimen. Tomó la presidencia de manos de don Carlos Vaamonde Silva, en el mes de febrero del pasado año y la entregó al actual presidente señor Fernández López, en el siguiente abril.

El ciclo vital de don Julián Ortega se resolvió siempre en Guadalajara. En Atienza nació. En Atienza ejerció la medicina y en Atienza cumplió como político una dilatadísima etapa.

En su cargo de diputado pasó prácticamente por todas las comisiones y delegaciones, siendo visitador del hospital provincial casi de manera permanente.

Hombre cordial, humano y entrañable, deja numerosos amigos”.

Fue, igualmente, Consejero de la Caja de Ahorros Provincial de Guadalajara.

ENTREVISTA CON EL SEÑOR ALCALDE DE ATIENZA, Dr. D. JULIÁN ORTEGA ASENJO (Por Miguel de Arizona. Flores y Abejas, 13 de febrero de 1962).



Atienza ha sido distinguida días pasados por el Gobierno como Monumento Nacional, y la Dirección General de Bellas Artes le ha concedido dos millones y medio de pesetas para que vuelva a recobrar su esplendor pasado. Atienza, que sobre un altozano yergue majestuoso, gigantesco e inexpugnable su castillo; la villa que es museo de arte e historia, donde tantas veces se vertió sangre romana, visigoda, árabe y cristiana, va a reencontrarse a sí misma gracias a ese hombre excepcional que rige los destinos de Guadalajara, el excelentísimo señor Gobernador civil, don Juan Manuel Pardo

Gayoso, y que desde ahora debe figurar unido para siempre a la brillante historia de Atienza, como a la de toda nuestra provincia.

Capítulo aparte merece la loable labor realizada por el doctor Layna Serrano, hombre de incansable saber y de tenacidad encomiable, siempre dispuesto a que Guadalajara figure en el plano artístico que le corresponde por derecho propio.

Por todo ello, la entrevista con el alcalde de Atienza se hace obligada y necesaria. Le requerimos al final de una reunión –que será histórica- a la cual el señor Ortega accede gustoso.

El alcalde de Atienza es hombre de exquisita amabilidad y de sinceridad completa como todos los hijos de esta villa.

-Señor alcalde, ¿cómo ha acogido el vecindario de Atienza estas dos importantísimas concesiones del Gobierno español?

-De forma impresionante y alborozada, ya que esto supone una distinción y una ayuda tan estimable que difícilmente se puede expresar con palabras que no salgan del corazón.

-¿Puede decirme de quien partieron las gestiones para este logro?

-Del excelentísimo señor gobernador civil de la provincia y del doctor Layna Serrano, a raíz de una visita que realizaron a Atienza en unión del director general de Bellas Artes, señor García Lomas y cuatro arquitectos más.

-¿Qué proyectos más inmediatos tienen ustedes?

-Entre otros, la reconstrucción de la iglesia de Santa María del Rey, la más antigua de Atienza, a los pies mismos del castillo, de portada románica del siglo XII; las pavimentaciones y saneamientos necesarios en el pueblo, así como una redistribución de la energía eléctrica, de suma necesidad, y que ya tenemos iniciado, pensando inaugurarla el próximo 18 de julio, Dios mediante.

-¿Algún parador en proyecto?

-Sí; pensamos convertir en parador la histórica posada del Cordón, que se conserva muy bien y que ahora está inutilizada. Esta posada del Cordón ostenta aún su antiguo letrero, y debidamente acondicionada puede ser ideal.

-¿Qué pediría después de todo esto para Atienza?

-La instalación de una factoría que diese trabajo a unos ciento cincuenta obreros, con lo que quedaría solucionado el problema de la emigración que ahora existe, debido a la escasez de trabajo.

-De los pueblos de su partido ¿cuál tiene mayores problemas?

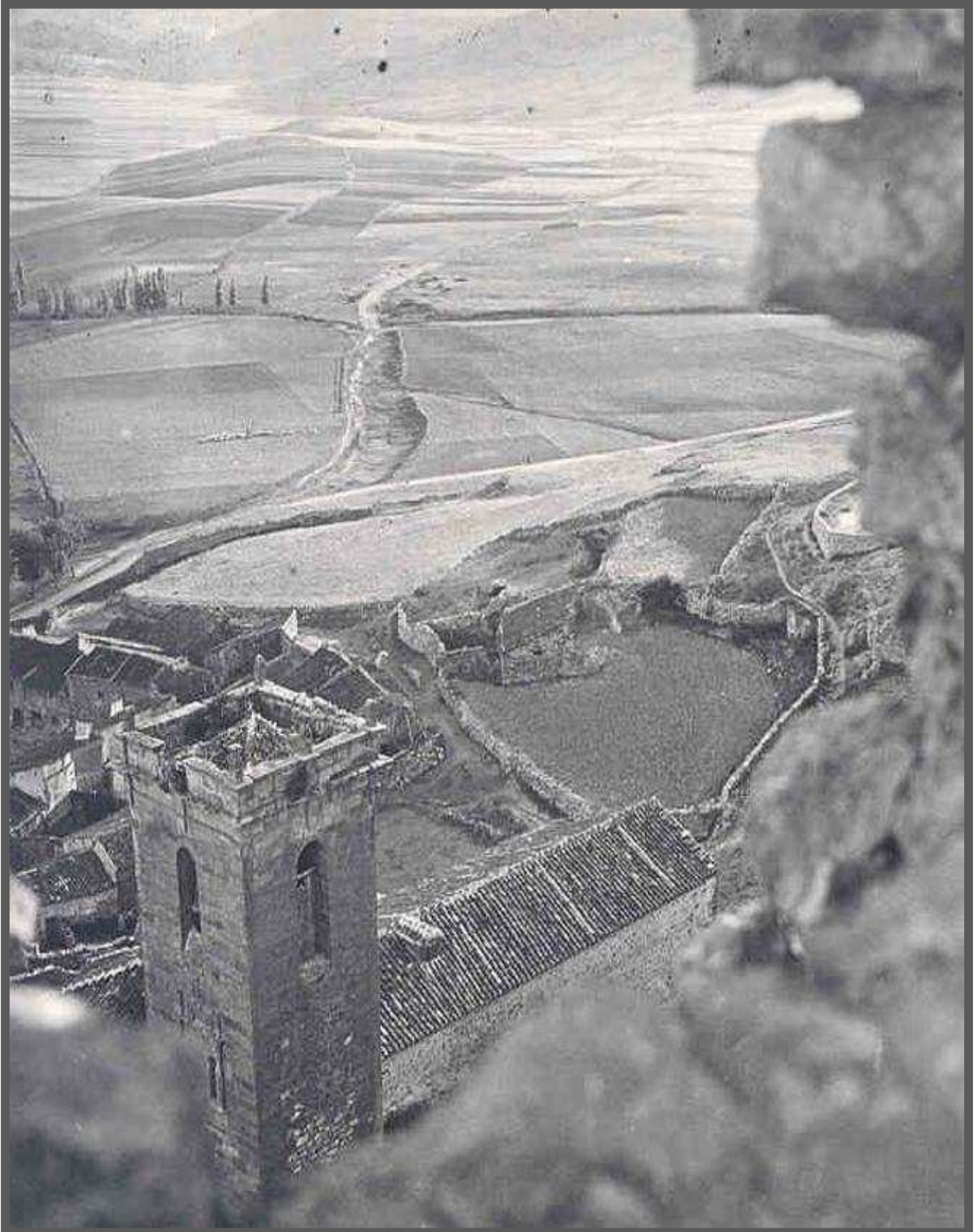
-Quizá sea el de Las Cabezadas; pero ya tenemos tomadas las medidas necesarias para darle solución adecuada.

-Como final, ¿quiere decirnos como doctor si existen muchos enfermos en Atienza?

-No muchos, toda vez que el lugar en que se encuentra enclavado el pueblo hace que el grado de salud de sus habitantes sea excelente.

Estas han sido las manifestaciones del señor alcalde, y que nosotros transcribimos para nuestros lectores en estos instantes tan importantísimos para Atienza y Guadalajara entera.

ATIENZA, DE AYER A HOY









SANTÍSIMOS CRISTOS DE ATIENZA (y 5)

Julio de la Llana Hernández (Atienza, 1943)



El Hospital de Santa Ana se llama así por su fundadora, Doña Ana Hernando, de esta villa, viuda de Don Manuel Morán de Mena, vecina de Madrid, cerera que fue del Rey. Esta señora ordenó a sus apoderados y testamentarios se construyera ese edificio al que llamaron “Casa Nueva del Rollo”, y que Madoz describe así: “Está fuera de la muralla y cerca de la Puerta de Antequera, edificio espacioso, de figura cuadrangular, con hermoso patio y dos claustros y 24 arcos... y capilla adornada de media naranja”.

Así es: corona la fachada principal un medallón de piedra, en relieve, que representa a Santa Ana aleccionando a la Virgen todavía niña. En un ladrillo de una de las salas aparece grabada la fecha de 1751. Fue cuando echaron aguas fuera? Al pie de la escultura del Santo Cristo del Perdón, detrás del Sagrario, en caracteres rojos sobre yeso blanco el 1753. Se trata de la inauguración del altar? Es creencia que la escultura se hizo en Madrid por Don Luis Salvador Carmona. Documentalmente consta que el 1765 se habían invertido los

fondos que ordenó la fundadora, que bendijo la imagen el P. Maestro Fray Juan de Riga, que el 1763 se concluyó el edificio, que empezó a funcionar el 1766 y que el 26 de abril de 1777 se colocó la Capilla del Santísimo Sacramento por mano del obispo Sr. Cano con la gran solemnidad que aquí era corriente y con la asistencia de todas las cofradías y cruces parroquiales de la Villa. Aquí se venera El:

SANTÍSIMO CRISTO DEL PERDÓN

En Este hermoso Hospital; hoy cuidado con elogio por las Hermanas de la Divina Pastora. De este Cristo, dice el P. Minguella: “Esta imagen debe ser copia de la que se veneraba en Madrid, convento de PP. Dominicos de Nuestra Señora del Rosario, en la calle Ancha de San Bernardo: pues dice Alvarez y Baena que en una capilla de aquella iglesia, a la parte del Evangelio, se veneraba una imagen bella de Cristo Nuestro Señor, con el título del Perdón, que hizo el célebre Manuel Pereyra y encarnó Francisco Canudo”.

El anónimo historiador de Atienza lo atribuye a Luis Salvador Carmona, y opina que representa la Oración del Huerto, hace de El esta descripción: “Se halla como de rodillas en esta forma: toda la rodilla siniestra está sobre la parte superior del globo, descansando en la tierra la punta del dedo gordo del pie y todo el intermedio en hueco; los brazos doblados con mucha naturalidad, levantados con rectitud desde las sangrías, con las palmas de las manos hacía el pueblo, como enseñando sus llagas; el rostro un poco elevado hacía el Cielo, con los ojos fijos en él... y, como epilogados en El, los tormentos de su Pasión dolorosa, de modo que entenece los corazones más duros; finalmente, está tan imitado al natural, que las más



delicadas leyes de la Anatomía se hallan con perfección en esta Santa Imagen, tanto que se llenan de pasmo cuantos facultativos la miran, prorrumpiendo todos, como si se avisasen, diciendo así: “Ni en Roma puede haber cosa mejor”.

Bien. No es, a mi juicio, que pensara el artista legarnos la estampa histórica de la Oración del Huerto como la inmortalizó Salcillo, sino como él la concibió, sorprendiendo el alma de Jesús, sufriendo en su presencia, todo el peso de su Pasión, hasta la ignominiosa lanzada, que, ya muerto le abrió el Costado. El martirio interior que con su influencia psicoafectiva sobre los fenómenos vasomotrizes, se exteriorizaba por el sudor de sangre con que Jesús quiso hacernos ver que su Divinidad no suspendía el dolor que por nosotros tomaba, llorando lágrimas de sangre por los pecados del mundo, cuyo hecho

consignado por San Lucas, controla y explica la Medicina moderna por sus conspicuos doctores Andrés Thomas y Bartolomé Relimpio (Revista del Consejo General de los Colegios Médicos de España).

Esto, sin duda, quiso el escultor plasmar y lo consiguió de una manera inimitable. No retiró la palabra. Apenas se penetra en la Capilla, se siente el escalofrío de lo sobrehumano: es claro que si nos acercamos más a la escultura... entonces... entonces pasma más. Y lo que decimos de la escultura, decimos también de las pinturas del Mundo sobre que se apoya. Por su dignidad, firmeza de línea y morbidez de carnes, recuerdan a Manuel Salvador Carmona, cuyos trabajos ilustran con ricas láminas nuestros misales de hacía el 1764.

En Campillo de Dueñas, de donde fui cura, me encontré en su bella ermita de la Virgen de la Antigua un grabado, que, al primer ver, creí que representaba el Cristo que reseñamos. Dice al pie: “Santo Cristo del Perdón de Priego (Cuenca)”.

Una feligresa me dijo que en Santa Catalina de los Donados, plaza de las Descalzas, había uno semejante, y he visto fotografía del Santo Cristo del Perdón, en la Granja, ante el que oraba el P. Claret. En una Guía turística leí de este que era dúplica del de Atienza, de Salvador Carmona.

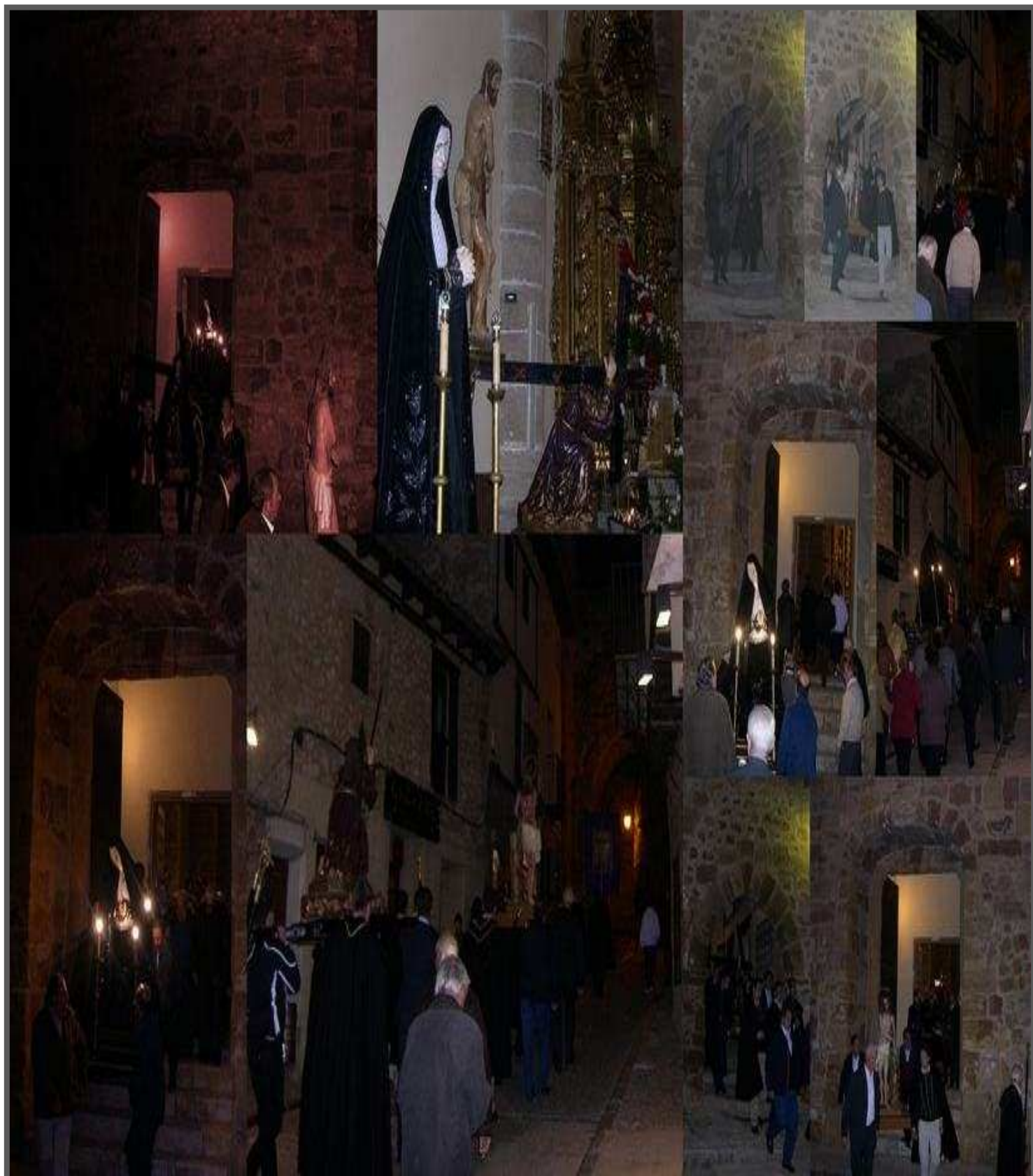
Este Hospital, Capilla y todo, corrió de cuenta de los herederos de la fundadora, por eso no he visto ni cuentas ni escrituras; el manuscrito del siglo XVIII lo atribuye a Carmona; es de creer que lleve razón. Yo no dirimo la cuestión.

Así está Jesús voluntariamente anonadado para curar la soberbia del mundo. Es el Amor. La Caridad. No el redentor que perfila planes filantrópicos... en confortable bufete; ni el que se compadece de la desgracia... en el mitin. Es el único, el verdadero Redentor, que tomando forma de siervo, quebranta las cadenas de la esclavitud; a sus plantas se postra el pobre sólo por El querido, y los enfermos porque tomó sus dolores, y los ancianos que ya no temerán ser arrojados a las fauces del mar irritado, y los niños sin apellido que ya tienen Padre.

¡Caridad! ¡Amor! Eso es la escultura del Santísimo Cristo del Perdón.

SEMANA SANTA EN ATIENZA

LA PROCESIÓN DE LOS TRES "TORRENILLOS" (F. T. Gismera)



SEMANA SANTA EN ATIENZA

LA PROCESIÓN DEL ENCUENTRO (F. Dora Somolinos)



Bibiano Contreras

(Continuación)

Por fin, y gracias al tacto del director facultativo y Junta Directiva, se cortó el pleito y hubo una transacción honrosa para ambas compañías, obligándose los ingleses a tomar 800 quintales del mineral desde el 1º de junio hasta fin de agosto de 1846, y 1500 desde primero de septiembre en adelante hasta fin del año 1849, en cuyo periodo y por entregas semanales llegaron a recibir de la mina la suma de 200.459 quintales.

Por la 2ª condición de este nuevo contrato, se obligaban además los mineros a dejar en depósito 10.000 quintales de mineral, para entregar a la fábrica en casos de esterilidad, accidentes en la marcha de las labores o mayores pedidos de parte de aquella.

Por la novena condición quedaba transigido el pleito sin ulteriores consecuencias. Sentimos no haber hallado el contrato íntegro firmado con los ingleses, pues debía ser curiosísimo como el lector comprenderá al ver el precio a que estos pagaban la onza de plata; como la Sociedad se disolvió hace algunos años se ignora donde fueron a parar el exclusivo y los contratos de la mina, en que existirían seguramente dignos de atención.

Se sabe de pública voz que los ingleses no recibían los minerales que no tuviesen una ley de onza y media a dos onzas de plata por quintal; de manera que los mineros tenían que perder los minerales que no alcanzasen esta cifra, verterlos en las escombreras, o amontonarlos en las explanadas, cosa muy difícil de hacer a causa de que la aglomeración de materiales pobres en las inmediaciones de la mina invalidaba muchos terrenos.

A causa de esta condición los mineros se dedicaron por mucho tiempo a rebuscar en las escombreras y rellenos de la mina, pasando las contratas de unos a otros.

Los ingleses pagaban, pues, la plata a tan bajo precio, que cuando el quintal daba dos onzas, las pagaban a ocho reales una, y el que contenía cuatro, valía a catorce reales. Seguramente la venderían ellos en la Casa de la Moneda de veinte a veinticuatro reales onza.

Aquel primer contrato duró hasta el año 1852, en cuya época la Bella Raquel debió tener enormes ganancias.

Semanalmente recibían 1.500 quintales y aunque su ley fuese, por término medio, de 4 onzas quintal, daban 6.000 onzas, o sea, 24.000 al mes; suponiendo el pago a 14 reales una, sumaban la cantidad de 336.000 reales.

Estos datos coinciden con los dividendos que anualmente se repartían a los socios, a razón de 2.000 reales por acción; y como estas eran ciento, se distribuían 200.000 reales, quedando para gastos de explotación, compra de efectos y sueldo de empleados, los 136.000 restantes. De manera, que salían cada año de las minas 288.000 onzas de plata, que al precio de 14 reales. Suman 4.032.000, distribuyéndose 2.400.000 y quedando para los gastos 1.632.000 reales.

El frenesí desarrollado durante este periodo, fue tan inconsciente como el primero de las minas.

El primer Director que hubo en la Constante, fue D. Guillermo Polar, alto, muy elegante y casado con una señora que se llamaba Dª Sara, sumamente respetuoso y muy entendida en el beneficio de minerales; pero fuese que la fábrica no tuviese aparatos a propósito para operaciones tan en grande como las que se efectuaban en La Constante, o que los minerales que tenían que recibir de la Santa Cecilia, Suerte y Fortuna eran tantos, se dice, que ni los molinos, ni los hornos, ni los toneles, ni el laboratorio, ni lo que llamaban la quemadera, estaban con el orden y la precisión con que se montaron después para el mejor aprovechamiento.

LA UNION DE LOS CINCO AMIGOS,
SOCIEDAD ESPECIAL MINERA.

Esta Sociedad se ha formado provisionalmente en la villa de Huendlaencina, provincia de Guadalajara, para el laboreo y explotación de la Mina aurífera denominada San Mateo, sita en el término municipal de La Haza de Sadraque, compuesta de veinticuatro pertenencias arrojadas á la Ley vigente, según su título de propiedad.

Accion núm 111 1. Media accion.

La Sociedad reconoce á favor de D. Santiago el Sr. Lopez la media accion núm adite 111 de las trescientas veinte de que se compone la Sociedad, todas iguales en derechos y obligaciones, con arreglo á la Escritura y Reglamento social.

Huendlaencina 1. de Agosto de 1877

Toda para:

El Presidente,

[Firma]

El Secretario Comador,

[Firma]

Contar:

El Tesorero,

[Firma]

También nos consta que lo que llamaron la quemadera estaba al aire libre: colocaban una campana o recipiente que contenía la pella o copela, amalgama de plata y mercurio que no había pasado por los filtros, lo emplazaban en una especie de torre formada por rajas de pino en forma de cuadrado a la cual prendían fuego, y el calor volatilizaba el mercurio, quedando toda la plata en el fondo de la campana.

No se puede pedir responsabilidad a nadie por las deficiencias de esta operación. Sabido es que si la química es igual para pequeñas y grandes operaciones, sus resultados pueden variar de tal manera en éstas, que el operador no puede darse cuenta de sus fenómenos la mayor parte de las veces.

Murió el Sr. Polar a consecuencia de un cáncer en el labio, y le sustituyó D. Juan Treniar, que estuvo en México beneficiando minerales muy parecidos a los de Hiendelaencina. Este señor era de carácter afable, aunque reservado y con mucho tacto de gentes; según nos han referido había seguido la carrera de minero desde simple entibador hasta beneficiador de minerales, por lo cual era un Director muy entendido y práctico. En su época alcanzó la fábrica su mayor apogeo, entrando más número de quintales de mineral.

Durante su dirección, vino a las minas D. Eduardo Raux, ingeniero mecánico, muy entendido en su profesión, y montó la maquinaria con tan perfecto acierto, que más que fábrica parecía un laboratorio químico. El Sr. Treniar continuaba de Director y el Sr. Raux de segundo, encargado de la maquinaria, en la que montó una fundición de hierro casi tan importante como la de Sandford en Madrid; después sustituyó a Treniar hasta la extinción de la fábrica en 1879.

CAPÍTULO IX

Época floreciente de la mina

Establecida en regla la sociedad Santa Cecilia con todas las formalidades de la ley, y con el capital social que representaban las 34 acciones reservadas, el inteligente Director facultativo D. Luis de la Escosura, desarrolló un plan de trabajos de explotación e investigación con las entibaciones necesarias, construcción de bóvedas y muros en el interior de la mina, y otras obras que con ansiedad reclamaban los mineros y los capitales invertidos.

En este periodo de gran vida aumentaron la actividad y la riqueza de manera que nadie creía que aquello tuviese fin; en el interior se habían construido casas para la Administración, capataces, celadores, guardas de día y de noche, guarda-almacén, talleres de carpintería, herrería, partidores y clasificadores de minerales y almacenes de los mismos.

Los pozos de Canto Blanco, La Plata y Reglamento, siguieron con actividad hasta el segundo piso que medía 71 varas de profundidad y se explotaba con la celeridad del rayo, y la explanada, partidores, etc., se hallaban atestados de minerales esperando que la fábrica funcionara.

Los minerales más ricos y variados salían de este piso; de él se extrajeron desde la plata nativa hasta los cloruros bromuros, sulfuros y arsénicos de plata. La misma actividad y riqueza se notaba en las minas Suerte, Fortuna y Verdad de los Artistas. Los barreneros y escombreros, que entraban a las seis de la mañana y salían a las seis de la tarde, para ser relevados por igual número de otros obreros, formaban una cadena sin interrupción, aunque el relevo estaban tan bien ordenado que hasta que no salía el último no entraba a relevar el primero. ¡Qué hermosas aquellas noches de otoño en que se presenciaba la subida y bajada de los operarios, semejando un rosario de luces proyectadas por los candiles que colgando del pulgar de la mano, iban perdiéndose de vista como estrellas fugaces! Esto, unido a los cánticos que entonaban los obreros, unas veces al unísono, otras según el estilo peculiar de la provincia de donde procedían –y los había de todas- encantaba al que se distraía viéndolos subir y bajar desde el balconcillo del pozo maestro.

Lo mismo que en Santa Cecilia sucedía en las otras cuatro minas ya dichas y en todo el camino que iba desde el pueblo a las minas; e igual animación se notaba en el primero, o en Ien de la Encina, como los naturales le llamaban antes de 1844.

INDUSTRIAS, COMERCIOS Y PROFESIONALES, EN LA ATIENZA DE COMIENZOS DEL SIGLO XX

Relación de comerciantes y profesionales, según el censo industrial, que residían en Atienza, en 1908:

Alfombras y tejidos, venta:	Luciano Más.
Ferretería al por menor:	Rafael de Luis. Ignacio de la Fuente.
Tejidos al por menor:	Ruperto Baras. Juan Ruilópez. Mariano Castel.
Café de Sociedad:	Casino de la Unión.
Ultramarinos:	Basilio Baras.
Ultramarinos:	Fernando Aparicio. Herederos de Pascual Madrigal.
Comestibles:	Tomasa Cabellos.
Venta de Vinos (tabernas):	Viuda de Darío Cabellos. Ramón Lerena. Miguel Cabellos. Hermenegildo Andrés. Victoriano Torrequebrada.
Abacerías:	Norberto Izquierdo Francisco Ranz. Florencio Gismera.
Posadas:	Braulio Serrano. Florentino Ranz. Vicente Marín. Lucas Granja.
Tablajeros (pesacaderos)	Eustaquio Ranz. Máximo Somolinos.
Cordelerías:	Gregorio Ruilópez. Silverio López. Zoilo López.
Figón (Casa de comidas):	Eustaquio Ranz.
Arrendatario de Consumos:	Mariano Ruilópez.
Mesa de billar:	Isidro Peral.
Carros para transporte, de 2 mulas:	Felipe Gómez. Victoriano Torrequebrada.
Telares de lanzadera:	Juan Parra. Francisco Arribas. Cipriano Garcés. Manuel Infante. Leoncio Roldán. Mateo López.

Molinos de harina:	José Delgado. Cecilio Chicharro. Víctor de Francisco. Antonio Delgado.
Farmacias:	Viuda de Asenjo de Mingo. Viuda de Gallego Castilla.
Veterinarios:	Angel López. Antonino Espeja.
Abogados:	Anastasio Ortega. Manuel Gallego. Martín Morales. Vicente Díaz. Julio Ortega.
Escribano:	Ignacio Antón.
Procurador:	Abdón González.
Notario:	Julio Ortega.
Confitero:	Benito Gómez.
Tintorero:	Emilio Buquerín.
Albadero:	Salvador Agueda.
Abarqueros:	Silverio López. José Arribas.
Barberos:	Leocadio Bravo. Aquilino Correa.
Botero:	Juan Antón.
Calderero:	Severino Peces.
Carpinteros:	Pedro Gonzalo. Celestino Martínez. Eugenio Aguilar. Tomás Baque.
Herreros:	León Loranca. Esteban Loranca. Raimundo García. Saturnino García.
Zapateros:	Esteban García. Carlos Guijarro. Pedro Galán. Feliciano Esteban.
Casas de huéspedes:	Fermín Baras. Juana López.
Venta de papel de fumar:	José María Giner.
Hornos de pan:	Dionisio Yagüe. Vicente Yagüe. Félix Oliva.
Cobrador de letras:	Luciano Más.
Titular de la parada de garañones y caballos:	Pedro Castelnau.

INVENTARIO DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO DE ATIENZA, CON MOTIVO DE SU DESAMORTIZACIÓN.

Nunca fue el convento de San Francisco de Atienza especialmente rico en mobiliario, cuadros u objetos de plata. Aún así, entre sus muros se conservó, hasta la desamortización que lo llevó a su desaparición y posterior ruina, una buena cantidad de objetos. Entonces se encontraba habitado por cuatro franciscanos.

El inventario que se llevó a cabo en 1835, cuando los frailes fueron exclaustros, dio a conocer sus posesiones, y los objetos que en él se encontraban:

Bienes muebles:

- Diez mesas de pino.
- Veintidós asientos, también de pino.
- Cinco armaduras de cama, de madera de pino.
- Seis mantas.
- Cuatro colchones.
- Cuatro jergones.
- Cuatro baúles.
- Un reloj.
- Dos romanas.
- Dos tinajas pequeñas-
- Un peso.
- Dos pesas de hierro de dos arrobas.
- Una escalera.
- Siete tinajas de diferentes tamaños.
- Dos arcas de pino.
- Cuatro manteles.
- Dos servilletas.
- Un velón.
- Dos tinajas grandes.
- Cuatro peroles de hierro.
- Una olla también de hierro.
- Cuatro cántaros de cobre.
- Dos badilas de hierro.
- Unas tenazas.
- Un almirez de metal.
- Un jarro.
- Cuatro sábanas.
- Una pala.
- Un escritorio.
- Una media para el grano, con su rasero.

Efectos semovientes.



- Treinta corderos.
- Doce primales.
- Treinta y cuatro ovejas.
- Seis gallinas.
- Un macho mular viejo, con aparejos.
- Un burro viejo, con sus aparejos.

Existencias en frutos.

- Doce fanegas de trigo.
- Once fanegas de centeno.
- Cuatro fanegas de cebada.

Libros de la biblioteca.

Se hallaron mil ciento doce libros, de diferentes tamaños y obras, *“que por su mala coordinación y falta de tomos no se expresa el nombre”*.

Pintura y escultura.

- Seis cuadros.

Enseres de la iglesia y sacristía.

- Cuatro misales.
- Varios candeleros y sabanillas de altar.
- Tres campanillas.
- Una lámpara de plata.
- Una lámpara de hoja de lata.
- Cinco confesonarios.
- Una sillería de nogal.
- Un facistol de nogal.
- Un órgano.
- Una reliquia titulada de las Espinas.
- Una cruz de plata para las procesiones.
- Un viril de plata para las procesiones.
- Un incensario y naveta de plata.
- Tres creencias de plata formadas en madera.
- Dos vinagreras de metal.
- Dos vinagreras de vidrio.
- Una manga de cruz.

Ornamentos.

- Catorce corporales.
- Ocho sobrepellices.
- Nueve cornualtares.
- Siete amitos.
- Trece albas.
- Cuatro casullas de primera clase con sus paños.
- Un paño de atril.
- Un palio.
- Cuatro casullas de primera clase blancas.



- Dos dalmáticas y una casulla blanca.
- Tres collarines.
- Siete casullas.
- Dos capas.
- Cuatro dalmáticas moradas.
- Diez casullas moradas.
- Diez y seis casullas encarnadas.
- Dos capas encarnadas.
- Otro paño de atril.
- Cinco casullas verdes.
- Cuatro casullas negras.
- Una capa negra.
- Dos dalmáticas negras.

Vasos sagrados.

- Dos cálices de plata con sus patenas.
- Un cáliz de bronce con copa del mismo metal.
- Otro cáliz pequeño de plata.
- Un copón pequeño de plata.
- Una caja de concha con cantoneras de plata.



